

## Bibliografía.

**Fray Luis de Granada trabajos premiados por la Academia Circulo de la Oratoria en el certamen celebrado con motivo del ter er centenario de la muerte del ilustre dominico V. P. M. Fray Luis de Granada, con una carta prólogo de don Francisco J. Campaña.**—Granada: Imprenta de EL DEFENSOR. 1889.

A vuela pluma, porque otra cosa no consiento el trabajo diario del periódico, vamos á dar una idea del folleto publicado por el joven y distinguido escritor D. Cayetano del Castillo con el título precedente.

La carta prólogo como se vé está escrita por el R. P. Escolapio D. Francisco Jimenez Campaña, y por cierto que no hemos de detenernos en encomiar las bellezas de estilo que encierra, pues para escritores como este castizo prologuista no son menester elogios que ya la crítica desapasionada y justa le otorgó hace tiempo al darle lugar preferente en las filas de los buenos prosistas y de los vates inspirados.

Los trabajos del señor Castillo son dos: un soneto á Fray Luis de Granada y un trabajo considerando al ilustre dominico como orador. El soneto está admirablemente hecho. De un rasgo resulta trazada la vida de Fray Luis en los cuatro primeros versos. Los tercetos son lo mejor de este poema por la alegoría que encierran: no podemos resistir á la tentación de copiarlos. Dicen así:

Pescador de los mares de la vida,  
A las ondas lanzaste en sacro anhelo  
Las redes de tu ciencia bendecida,  
Hallando como premio á tu desvelo  
En cada malicia un alma redimida  
Y tras la lucha de la mar el cielo.

El trabajo considerando á Fray Luis como orador, es á nuestro modo de entender más que una obra de crítica, un panegírico perfecto del Venerable dominico, y era lo que debía ser.

Comienza el Sr. Castillo con un brillante exordio en que habla con modestia de sí y con arrebatos del ilustre hijo de Santo Domingo: «No esperéis, dice entre otras cosas dignas de mención, no esperéis de mí, juicios dignos de su ciencia, ni conceptos propios de su valer, ni frases que sean bastante siquiera á esbozar su grandez: que á semejanza de nocturna ave, que cruzando en la oscuridad la inmensidad del cielo tropieza en su camino con potente fero y deslumbrada por sus luminosos destellos revolotea inconscientemente, sin hallar camino entre las olas de luz de aquel inesperado oceano de resplandores; así yo, ante los subimes destellos de este gran genio que brilla en la noche del pasado, andaré sin timo ni concierto, y nunca los ojos del alma, asombrados por sus esplendores, hallarán modo de copiar en sus deslumbradas retinas todos los rayos de su gloria y todos los fulgores de su soberana luz.»

La proposición se reduce á demostrar que Fray Luis de Granada es más perfecto orador que Cicerón. Las pruebas van precedidas de una narración poética en que se pintan á grandes rasgos los hechos más salientes y los actos de virtudes más heroicas del ilustre dominico. Despues entrando en materia compara en su fondo y en su forma la oratoria del filósofo romano con la de Fray Luis de Granada.

¡Que atinadamente pinta las costumbres de los paganos, sus mezquinas creencias, sus dioses viciosos, sus leyes no cumplidas, sus esperanzas macilentas; y con qué intención expone esta parte histórica de su trabajo para hacer salir de aquel cieno en que Roma vivia orgullosa el fondo de los discursos de Cicerón!

«Ved allí, dice trazando con hábil pincel lo que han de ver sus lectores, ved allí á Jupiter el supremo dios cómo dispare sobre dioses y mortales los rayos de su ira para aplacar la rabia de su lujuria; mirad la antropología deificada en el feroz Saturno, que devora á sus propios hijos, y la guerra y la matanza encarnadas en el iracundo Marte, mientras que la impúdica Venus personifica en su desnudez el culto de la lascivia y Mercurio el robo y el pillaje... ¿Sabéis por qué ese mar antes plácido y sereno se revuelve virado arrastrando á su fondo la barca del pescador latino? Es porque Neptuno, el dios de las aguas, se complace en agitar las olas para sepultar en ellas á los mortales. ¿Preguntáis por qué esa multitud vaga ebria por las vias romanas, llevando la cabeza coronada de ojas de vid y el pensamiento oscurecido por los delirios de la borrachera? Es porque han llegado las fiestas de Baco y el dios de la embriaguez no quiere más iniciación que los vapores del vino.»

¡Con qué sublimidad describe al Dios del cristianismo, «grande y majestuoso; impulsando con su aliento á los mundos en su perpetuo girar; encendiendo con los rayos de su mirada la cabellera de fuego del astro del dia; sonriendo á la humanidad en los esplendores de la aurora y brindando con suelto y paz al alma en las pálidas estrellas; flores de la noche, que tiemblan en la inmensidad al contacto de las auras de lo infinito!»

Y á semejanza de este Dios verdadero y no contrahecho es la sociedad cristiana veraz y caritativa. Y á semejanza de este Dios sabio y justo es sabia la ciencia cristiana ó sea la Teología, y justo el Derecho y bellas en realidad todas las artes.

«Y si las ciencias y las artes, dice el Sr. Castillo, se alimentan de la savia de las creencias y son el reflejo exacto de la conciencia humana y del modo de ser de las sociedades ¿cómo no habrá de aventajar en lo que podemos distinguir con el nombre de parte científica de la oratoria, ó sea en su fondo el Cicerón cristiano al Cicerón pagano?»

Y como si esta conclusión lógica no fuera suficiente á probar la proposición, trae en su apoyo el sentir de propios y extraños, de amigos y enemigos, de filósofos y de críticos que piensan lo propio sobre el fondo de la oratoria del ilustre dominico.

Para probar que la forma del Cicerón cristiano es más perfecta que la de Marco Tulio, hace nacer la forma del fondo, siguiendo en esto á las escuelas más estrictamente cristianas, para las cuales, lo mismo que para nuestro autor, nada que es inmoral ó radicalmente falso puede ser bello. «La belleza de la forma, dice, es á la bondad del fondo en la elocuencia lo que los rayos luminosos al foco que les da vida.»

Basado en el mismo principio presenta á Fray Luis como estilista más perfecto que Cicerón, porque, no atribuye esta ventaja á la deficiencia del talento del orador romano sino á lo mezquino de la filosofía gentil y á falta de creencias que amengaban las más de las veces el nervio de la oratoria ciceroniense.

Por último y concluyendo el parangón entre Marco Tulio y Fray Luis presenta al primero «venal, inconstante en sus ideas, tornadizo en sus deseos y voluble en sus aficiones,» y al segundo «todo caridad y siempre caridad; todo sacrificio y siempre sacrificio, todo amor á sus semejantes y siempre el mismo amor» para concluir de aquí cuán diferentes y contrarios fueron los frutos alcanzados por ambos oradores.

En suma que la proposición asentada resulta probada hasta la saciedad y que en el trabajo campea la lógica, la erudición más exquisita, y la inspiración más cristiana; y que su cualidad de el tono de la composición tiene mucho de la fluida brillantez castelerina y de la magestad imponente de las odas de Quintana, es mucha verdad lo que dice su prologuista el Sr. Jimenez Campaña en á saber que leyendo y reluyendo las obras de Fray Luis de Granada se le ha pegado algo de su vehemencia y número en los períodos de su sutileza en el discurso, de su gracia y transparencia en el estilo, de su gravedad y propiedad en las palabras; y algo en fin de la profundidad de sus sentencias: que no se puede estar á las orillas del mar sin sacar á la postre llovido el rostro por las olas de los vientos marítimos.

Quizá algún crítico estirado y relamido encuentre defectos al trabajo; nosotros debemos decir que cautivos de su inspiración y de la nobleza de sus ideas no hemos tropezado con ellos.

Demos, pues, al autor la más cumplida enhorabuena, advirtiéndole que de los laureles alcanzados no forme lecho para descansar sino bandera para seguir adelante en la campaña literaria.—R. H.

122434896